

DANILO KIŠ

LAÚD Y CICATRICES

EDICIÓN
DE MIRJANA MIOČINOVIČ

TRADUCCIÓN DEL SERBIO
DE LUISA FERNANDA GARRIDO RAMOS
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Lauta i ožiljci*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Estate of Danilo Kiš
© de la traducción, 2009 by Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S. A. U.

Imagen de la cubierta,
recorte de Philipp Otto Runge

ISBN: 978-84-92649-25-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 40 054-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL APÁTRIDA

I.

«Llegó a París el 28 de mayo de 1938».

Se alojó en un hotel del Barrio Latino, cerca del teatro Odeón. Este hotel despertaba en él pensamientos lúgubres y por la noche, al apagar la lámpara de la mesilla, se le aparecían fantasmas alrededor de los cuales todavía flotaban desplegadas las sábanas de la habitación como mortajas. Una de las parejas de espíritus le era familiar y el señor sin patria revivió en su interior la imagen del poeta y de su amante, tal como los había visto en la foto del libro conmemorativo dedicado a ese poeta: ella, Leda, con un sombrero enorme que le arrojaba sombra sobre la cara como si un velo le cubriese los ojos, pero esa oscuridad no bastaba para ocultar la contracción, apenas visible, que se formaba alrededor de sus labios, causada por la edad y la sensualidad; él, el poeta, herido por el amor y la enfermedad, con los ojos desorbitados por el hipertiroidismo, en los que aún brillaba el fuego como si se tratase de la mirada del primer violinista de una orquesta cingara. Que el trovador de Leda antaño se alojaba siempre en este hotel, probablemente entonces sólo él lo sabía. Cuando llegó al hotel le preguntó al portero si en ese establecimiento, alrededor del año mil novecientos diez, había residido el poeta... y pronunció su nombre. El joven, sin lugar a dudas confuso por el nombre extranjero, dijo de golpe en su lengua materna: «¡No comprendo,

señor!».* El señor sin patria se convenció una vez más de hasta qué punto las fronteras que dividen los mundos son insalvables y hasta qué punto la lengua constituye la única patria del hombre. Acto seguido, cogió la llave y se dirigió a su habitación en la segunda planta, corriendo escaleras arriba porque en los últimos tiempos evitaba los ascensores.

2.

«Los testimonios de este postrer período de su vida son contradictorios. Unos lo ven obsesionado por la angustia, evitando con miedo supersticioso los ascensores y automóviles, mientras que otros...».

Una vez leyó en un periódico, de eso han pasado más de veinte años, que un joven, en Budapest, se había precipitado con el ascensor y que lo encontraron aplastado en el sótano. Este suceso lejano se había grabado en su memoria y allí dormitó durante años escondido, para resurgir un día, igual que emerge a la superficie del agua un cadáver al perder la piedra que lo arrastraba. Había ocurrido unos meses atrás, mientras esperaba el ascensor en la redacción de un editor de Berlín. Apretó el botón y oyó cómo el antiguo elevador francés bajaba zumbando en su jaula desde alguna parte en las alturas. Y entonces, de repente, con una ligera sacudida, se paró ante él, justo delante de sus narices, un ataúd negro barnizado, forrado de seda morada con lirios estampados como el revés de un brillante crespón de

* En español en el original. (Todas las notas que aparecen al pie son de los traductores).

China, con un enorme espejo veneciano de bordes pulidos y cristal verde semejante a la superficie de un lago límpido. Este féretro vertical, encargado para un entierro de primera clase, movido por la fuerza invisible del *deus ex machina*, que había bajado de las alturas y se acercaba navegando como la barca de Caronte, aguardaba ahora al viajero pálido que estaba indeciso y petrificado, apretando bajo el brazo el manuscrito de su última novela titulada *El hombre sin patria* (y observaba en el espejo, a través de las rejas, al viajero pálido que indeciso y petrificado apretaba bajo el brazo el manuscrito de su última novela), y lo esperaba no para trasladarlo al «más allá», sino sólo hasta el oscuro sótano, crematorio y cementerio, donde descansaban en sarcófagos similares viajeros extraviados de ojos vidriosos.

3.

Al llegar a la habitación, a la que el portero ya había llevado su equipaje, el huésped colocó primero los manuscritos sobre la mesa y luego empezó a apuntar las impresiones de la jornada. En los últimos años, el señor sin patria escribía cada vez más en los hoteles, durante la noche o el día, en cafés, encima de mesas de mármol falso.

4.

Anotó rápidamente unas observaciones, unas *Bilder*: una vendedora de periódico que sorbe la sopa del plato y tiene junto a las fosas nasales una úlcera del tamaño de una moneda, una herida en carne viva; una mujer enana que intenta subir al tren; un camarero que suma las cuentas sujetan-

do el bolígrafo entre el meñique y el índice porque le faltan los otros dedos; un portero pustuloso con un forúnculo en el cuello, etcétera.

5.

Despreciaba los duelos como símbolo de la presunción de los señoritos, al igual que las broncas y los ajustes de cuentas a metidos o con navajas, pero no por eso estaba menos obsesionado con la brutalidad humana, en la que veía sólo el reflejo de la barbarie de la sociedad. La deformidad física y todo lo que era anormal en la gente le fascinaba, porque apreciaba en ello la cara oculta de lo «normal». Los gigantes, los enanos, los ases del boxeo, los personajes monstruosos de las ferias desencadenaban en él toda una serie de asociaciones metafísicas. Ensoberdecido por el fragor de los hinchas, observaba sus rostros enloquecidos. Encerrado entre los forofos enajenados, comprendió, percibió físicamente, el significado de unos conceptos abstractos, como son la colectividad, el caudillo, la idea, y también el sentido del antiguo lema sobre el pan y el circo, que resume de forma sentenciosa toda la planta baja de la historia moderna.

6.

Este poeta tenía, allá en su patria, su monumento y sus calles; tenía generaciones de adoradores para los que él era un mito, admiradores que lo ponían por las nubes y se extasiaban ante su verso y su lenguaje como emanación del espíritu nacional; tenía también enemigos mortales que lo consideraban un traidor a los ideales nacionales, un hombre que se había vendido a los alemanes y a los judíos, a los

nobles y a los burgueses, al que negaban todo tipo de originalidad, tachándolo de simple imitador de los simbolistas franceses, plagiarlo de Verlaine y de Baudelaire, y sobre el que escribían panfletos llenos de acusaciones y calumnias de todo género.

7.

Su padre, Aladar von Nemeth, empezó con mucha modestia la carrera «diplomática» como agregado naval de la Lloyd de Budapest, y su primer destino fue Rijeka (Fiume). El viaje a Fiume coincidió con la luna de miel del joven diplomático, que acababa de casarse con una tal Zofia, de soltera Dvořák. En esta ciudad consular y diplomática vio la luz del día el futuro «apátrida», que guardará toda la vida en su interior el recuerdo del mar y de una palmera que, delante de la ventana, se inclinaba ante los embates del viento del norte, ilustración de un proverbio espartano, muy apreciado por su padre: que la resistencia se adquiere en la lucha constante contra los elementos.

8.

Su habitación estaba forrada de tapices y el suelo cubierto con piel de cordero; en verano se echaban las cortinas de las ventanas para protegerlo del sol, y en invierno, una enorme estufa de cerámica de fayenza, parecida a una de esas catedrales modernistas, calentaba los salones. A partir de su quinto cumpleaños, por razones de higiene y conforme al espíritu espartano, dejó de calentarse su dormitorio infantil; las niñeras se acostaban de vez en cuando en la cama del niño para templar los pesados edredones con su calor de aldeanas sanas.

9.

Su bisabuelo materno (con patillas, el sombrero de media copa en el brazo izquierdo doblado, el codo derecho apoyado sobre un estante alto; sobre el estante, un jarrón con rosas de papel; a sus pies, un enorme dogo de fayenza) se llamaba Feldner. Aparte de esta foto con las rosas de papel, no había muchos documentos suyos en la casa y de él se hablaba con cierto sentimiento de culpa: «el difunto Feldner» (siempre por el apellido y siempre añadiendo «difunto»). Que algún pecado primitivo, una especie de pecado original familiar, provenía de él, era más que seguro. Por eso eran raros los papeles que le atañían, por eso esta única fotografía en el álbum.

10.

Esta cara redonda de grandes bigotes y patillas es el padre del poeta, el honorable Dr. Aladar von Nemeth, en compañía de Lajos von Hatvany («que mantuvo correspondencia con Thomas Mann y Romain Rolland»). Y ésta es la madre del escritor (el rostro sereno bajo una corona de cabellos claros recogidos en una guirnalda). Aquí vemos a la familia en una barca en un río. En el revés de la foto: «Belgrado, 1905». Los muros altos, con una torre que se vislumbra en un segundo plano, son los de la fortaleza de Kalemegdan. En un claro del bosque, los invitados están sentados alrededor de una mesa de madera toscamente tallada. El niño, en el regazo de la madre; a su lado, el señor Aladar von Nemeth con una escopeta de caza con la culata apoyada sobre la mesa, como si fuera un bandolero cualquiera; a la cabecera de la mesa, un señor con sombrero de cazador; las señoras también con sombrero; los caballeros vestidos con

túnicas húngaras: «El Dr. Aladar von Nemeth en compañía de Su Alteza Luis III, rey de Baviera. Presburgo. Bratislava». El niño en la bicicleta. Con una mano se apoya en una pared cubierta de yedra: «Budapest, Rakoczianum, 1913». El joven con un grupo de alumnos y profesores; Egon von Nemeth está señalado con una flecha pequeña: «Múnich. Wilhelmgymnasium, 1914», etcétera.

II.

Gracias a un poeta, pronto aprendió el lenguaje secreto y cifrado del amor. A los dieciocho años, enamorado de una estudiante, una alemana, descubrió que en la obra de dicho poeta existía un poema para cada una de las situaciones amorosas (para el arrebató, la decepción, el temblor, el arrepentimiento), y se puso a traducir. Así, tradujo—naturalmente *à propos*—unos cincuenta poemas, y cuando este ciclo amoroso empezó a vibrar en alemán y ya se encontraba en la imprenta, el amor alcanzó, a través de la cristalización (por hablar como Stendhal), el punto en el que la pasión comienza a arder sin llama y a extinguirse. De todo esto, de la aventura juvenil y de tanta exaltación amorosa, quedó sólo esa colección de poesías traducidas, como si se tratase de un ajado álbum de recuerdos. Y aquel eco violeta alrededor de las cosas en sus novelas, la carga lírica de sus frases, que los críticos advertirían no sin cierta vacilación.

12.

Todo ser joven y sensible, especialmente si ha sido tocado por la educación y la música—y tal era su caso—, tiende a